

“Eros Hot Line”

Vicente Ferrer Andrade

(05/05/2014)

Contacto:

Celular: 525519197305

ferrer_vicente@hotmail.com

PERSONAJES.

Lucila 50 años.

Gabriela 45 años

Ciudad de México; durante la década de los noventa.

Una habitación con arreglo discreto. Se aprecian algunos cubículos, cada uno de ellos con un teléfono. Gabriela está sentada, leyendo una revista. Lleva puestos unos zapatos de tacón de color rojo. A un lado de ella, se ve una bolsa de mano. Suena un timbre. Se dirige a un interfon y levanta el auricular.

Gabriela: ¿Si, quien es?... ¡Hola, Corazón! ¡Que bueno que ya estás aquí! *(Consulta su reloj)* Vaya, eres muy puntual. Eso me gusta. *(Oprime un botón)* Ya está abierto. Sube las escaleras hasta llegar al primer piso. Es el departamento 102, hacia la derecha. Te espero. *(Cuelga)*.

Un momento después, se escuchan unos toquidos en la puerta. Gabriela abre. Entra Lucila, visiblemente nerviosa. Usa zapatos de tacón bajo, muy discretos.

Gabriela: Buenas tardes, Corazón. Pasa.

Lucila: Gracias. Buenas tardes. *(Gabriela cierra la puerta)*.

Gabriela: Soy Gabriela Araujo. Mucho gusto.

Lucila: Igualmente. Lucila Godoy.

Gabriela: ¡Vaya! ¿Te llamas igual que la poetisa?

Lucila: ¿Perdón?

Silencio.

Gabriela: No me hagas caso. Un chiste local. Toma asiento, por favor. *(Le señala un sillón)*. En un momento estoy contigo.

Lucila: Gracias, muy amable.

Gabriela sale un momento de la habitación, mientras Lucila se sienta y saca un abanico de su bolsa. De improviso, se levanta y avanza a la puerta, con intención de salir. Se arrepiente. Vuelve a sentarse. Se abanica. Un momento después, reaparece Gabriela con una bandeja, una jarra y dos vasos.

Gabriela: Traje un poco de agua fresca. Hace un calor del demonio, y me imagino que tienes sed, Corazón. *(Sirve un vaso. Se lo da a Lucila)* Ten.

Lucila: Se lo agradezco. Tengo la garganta seca. *(Mira un momento los zapatos de Gabriela)* Sus zapatos son muy bonitos.

Gabriela: Ay, muchas gracias. Son el último grito de la moda. Carísimos, pero lo valen.

Lucila bebe apuradamente el vaso. Gabriela toma asiento cerca de Lucila, mientras la observa, divertida.

Gabriela: Vaya, sí que tenías sed.

Lucila *(Cae en cuenta):* Disculpe. Qué pena.

Gabriela: Tranquila, no hay cuidado. *(Pausa)* ¿Puedo hacerte una pregunta?

Lucila: Sí, claro.

Gabriela: ¿Es la primera vez que vienes a una entrevista, verdad?

Lucila: Bueno... yo... Sí, es cierto.

Gabriela: ¿Nunca has trabajado?

Lucila: En realidad, siempre he sido ama de casa. Sólo estudié una carrera comercial, y no pude ejercerla.

Gabriela: ¡Ah, caray! ¿Y eso, por qué?

Lucila: Es que... me casé unos meses después de que me recibí como Secretaria.

Gabriela: Pero... hubiera sido mejor que buscaras un empleo. Tu decisión fue muy precipitada, ¿no crees?

Silencio.

Gabriela: Disculpa, creo que estoy hablando de más.

Lucila: No, no se preocupe. Es sólo que... me da un poco de vergüenza decirlo... *Tuve que casarme.* Usted comprende...

Gabriela: Ah, ya.

Lucila: En esa época era muy mal visto que una mujer fuera madre soltera.

Gabriela: Entiendo.

Lucila: Y no estoy arrepentida de haber tenido a mis hijos. Es sólo que... debí pensar mejor la decisión que tomé y...

Gabriela: Corazón, si quieres, podemos omitir los detalles. Me doy cuenta que te resulta incómodo hablar del tema.

Lucila (*Suspira*): Gracias... No sé por qué le cuento esto. Debe parecerle una tontería.

Gabriela: Tal vez porque no tienes a alguien con quien hablar de cosas tan íntimas, ¿verdad? Una amiga, por ejemplo.

Silencio.

Lucila: Por lo visto, me he vuelto muy predecible.

Gabriela: Ay, Corazón. No te mortifiques. Te entiendo. Supongo que la mayor parte de tu vida has vivido entre cuatro paredes.

Lucila: Sí. Viví con mis padres hasta los veinticinco años, y los últimos veinticinco, con mi marido y mis hijos.

Gabriela: Muchos años de cautiverio. ¡Qué horror!

Silencio. Lucila mira escandalizada a Gabriela.

Gabriela (*Sonríe*): Mira, pasé por una situación similar a la tuya... pero en otras circunstancias. Mis padres ejercían un control excesivo sobre mí. Sólo pude quitármelos de encima casándome a los veinte años... Ese fue mi grave error. Él resultó peor que ellos.

Lucila: ¡Ay, no! ¡Qué barbaridad!

Gabriela: Al principio, traté de sobrellevar el matrimonio, pero sólo aguanté dos años. Y la falta de hijos empeoró todo... Yo no podía tenerlos... Así que me divorcié.

Lucila: ¿Qué?

Gabriela se levanta. Comienza a caminar por la habitación

Gabriela: Como lo oyes, Corazón. No fue fácil. Mis padres y mi exmarido trataron de impedirlo como fuera. *(Finge la voz)* “¿Cómo es posible que nos avergüences de esta manera? ¡Eres una irresponsable! ¡De ninguna manera vamos a consentir un divorcio!”...

Lucila: Antes era poco más que un escándalo...

Gabriela *(Vuelve a hablar normal):* ¡Pero me salí con la mía! Mis padres me dejaron de hablar un buen rato, y Raúl... así se llama mi exmarido, sigue odiándome con toda su alma... *(Ríe)* No me importa, ¿sabes? Por primera vez tomé las riendas de mi vida, e hice lo que realmente deseaba: vivir a plenitud. Estudié Administración de Empresas. Trabajé en los lugares que quise. Viajé... Y finalmente, puse mi propio negocio. ¿Qué tal?

Lucila: Caray. Hubiera deseado ser tan valiente como usted en su momento... Pero fui cobarde. Permití que mis padres y mi marido me manejaran a su antojo. Ahora... ya es muy tarde para empezar de nuevo.

Gabriela: ¡Claro que no, Corazón! La prueba es que estás aquí. *(Vuelve a sentarse junto a Lucila.)* Pero ya nos desviamos del objetivo de la entrevista. Cuéntame, ¿cuáles son tus expectativas de trabajo?

Lucila: Realmente... no sé. A mi edad es muy complicado encontrar empleo. Pero el anuncio que puso en el periódico me dio esperanzas: “Se solicitan mujeres para contestar teléfonos. No importa la edad o la experiencia. Sueldo según aptitudes”.

Gabriela: Así es. El negocio está creciendo cada vez más, y las chicas que trabajan conmigo ya no se dan abasto. Además, necesitamos atender las 24 horas del día.

Lucila (*Horrorizada*): ¿Cómo?

Gabriela: No te asustes. Voy a manejar turnos de trabajo: matutino, vespertino y nocturno, así que estás en posibilidad de escoger tu horario. Me hacen falta mujeres maduras. Hay cierto tipo de llamadas que las chicas aún no son capaces de llevar, por más buenas intenciones que tengan.

Lucila: ¿Qué... qué quiere decir?

Silencio. Gabriela carraspea.

Gabriela: Bueno... Tengo que ser honesta contigo. Hay ciertos detalles que no podía incluir en el anuncio. Aquí nos dedicamos a cumplir las fantasías de los hombres que nos llaman... y una que otra lesbiana también.

Lucila: ¿Cómo? Pero... ¿esto es una especie de... burdel?

Gabriela: No, no, no. Tranquila. Es más sencillo que eso.

Lucila: Pero usted dijo...

Gabriela: Sí, ya sé. Ninguna de nosotras tiene que acostarse con un hombre, mujer o quimera, si es lo que te preocupa. Nada de eso. Mi negocio es una Hot Line... o Línea Caliente, para que me entiendas mejor. *Eros Hot Line.*

Lucila: ¿Eros... qué?

Gabriela se levanta y extiende los brazos.

Gabriela: Eros Hot... (*Mira a Lucila, incrédula*) ¿¡No sabes lo que es una Línea Caliente!?

Lucila niega con la cabeza.

Gabriela (*Suspira*): ¡Ay, Dios! Esto va a ser más complicado de lo que pensé... OK. Lo único que hacemos es escuchar tooodo lo que los clientes nos cuentan vía telefónica, que puede ser desde lo más ligero hasta lo más sucio y vulgar. El límite es su imaginación... Así que les seguimos la corriente, y les decimos lo que quieren oír. ¿Me explico?

Lucila: Sí, eso creo.

Gabriela: El chiste es lograr que la llamada telefónica dure el mayor tiempo posible. Si tenemos cautivo al cliente más de un minuto, eso representa para nosotras mucho dinero, y sin correr ningún riesgo, ¿qué te parece?

Silencio.

Gabriela: Corazón, estás muy callada. Eso me preocupa.

Lucila (*Se levanta*): Cre... creo que fue un error venir. Yo pensaba que esto era una empresa seria...

Gabriela: ¡Óyeme, mi negocio es poco convencional, pero genera empleos!

Mientras habla, Lucila se encamina a la puerta y trata de salir.

Lucila: Mire, no me lo tome a mal, pero usted necesita otro tipo de persona, no a alguien como yo. Disculpe por hacerle perder su tiempo. Que tenga buena tarde.

Gabriela (*La detiene con un gesto*): Espera. Antes de que te vayas, Corazón, necesito que escuches mi oferta.

Lucila: No tiene caso. No sirvo para este tipo de cosas...

Gabriela: Escucha, por favor. Si después sigues empeñada en irte, no insistiré más. Pero estoy segura que no vas a poder rechazar mi ofrecimiento. Anda, siéntate.

Lucila duda. Finalmente, vuelve a tomar asiento. Gabriela hace lo mismo.

Lucila: Debo estar loca, o muy desesperada...

Gabriela: Corazón, las explicaciones sobran. Veo que realmente necesitas el trabajo, así que voy a ser muy directa: sólo tienes que contestar llamadas, y dependiendo de la cantidad de minutos que logres retener a los clientes, yo me quedo con el cincuenta por ciento de la ganancia, y tú con el otro cincuenta. Dame un momentito.

Gabriela saca del escote de su vestido una pequeña libreta con un lápiz. La abre y hace anotaciones.

Lucila: ¿Qué hace?

Gabriela: Espera, ya casi está.

Arranca la hoja y se la entrega a Lucila.

Gabriela: Esto es lo que te puedes llevar con una llamada que dure un promedio de cinco minutos.

Lucila lee. Mira a Gabriela, incrédula.

Lucila: ¿E...Está segura? ¿Todo este dinero?

Gabriela: ¡Claro! A mí me gusta que mis empleados ganen lo justo. Y te estoy hablando de una sola llamada. ¡Imagínate recibir varias en un lapso de 8 horas!

Silencio.

Lucila: Yo... en otras circunstancias no aceptaría un empleo como este. Pero... estoy pasando por una mala situación económica y...

Lucila se derrumba. Comienza a llorar. Gabriela la mira, sorprendida. Le toma la mano.

Gabriela: Tranquila, ya no llores... Cuéntame, ¿qué pasa? Puedes confiar en mí.

Silencio.

Lucila: Mi... mi marido se fue de la casa. Me dejó por una mujer más joven que yo... Hace unas semanas.

Gabriela: ¡Hombres! No cabe duda, todos son iguales. Por eso digo: es mejor tenerlos lo más lejos posible de nosotras... y usarlos cuando sea estrictamente necesario... ¿Y tus hijos, qué dicen al respecto?

Lucila: Aún no lo saben.

Gabriela: ¿Cómo?

Lucila: Pablo y Damián viven en Estados Unidos, con sus respectivas mujeres e hijos. No he querido contarles nada.

Gabriela: Corazón, ¡no es posible! Tienen que saber por lo que estás pasando, eres su madre. Lo mínimo que pueden hacer por ti es ayudarte en un momento tan difícil.

Lucila: No quiero ser una carga para ellos. Además, no han regularizado su situación legal. Tengo que arreglármelas por mi cuenta.

Silencio. Lucila poco a poco logra calmarse. Gabriela mueve la cabeza. Saca un pañuelo desechable de su bolso y se lo da.

Lucila: Gracias. *(Se suena la nariz)*

Gabriela: No estoy de acuerdo con tu decisión, pero ya hablaremos más tarde del tema. Por lo pronto, cuenta con el trabajo, es tuyo. Pero antes, necesito hacerte una prueba para comprobar tu potencial.

Lucila: ¿Prueba? Pero, ¿qué clase de prueba?

Gabriela: Tranquila. No es nada del otro mundo. Sólo confía en mí, ¿de acuerdo?

Gabriela saca un celular de su bolsa de mano. Marca un número.

Gabriela: ¿Bueno? ¿Joaquín? ¿Cómo estás, Corazón?... Me alegro. Mira, estoy con una posible candidata para *Eros Hot Line*, y necesito de tu ayuda.

¿Puedes llamar a uno de los cubículos?... Ya sé que es tu día de descanso, pero son sólo unos minutos, ¿qué te cuesta?... Eres un encanto, Corazón. No me equivoqué contigo al contratarte... OK, esperamos tu llamada. Chaíto. (*Cuelga*).

Después de un momento, suena el teléfono de una de las cabinas.

Gabriela: Es Joaquín. Se va a hacer pasar por un cliente. Tú sólo contesta, dile que está hablando a Eros Hot Line, le preguntas su nombre, te presentas con él, y déjate llevar por lo que te diga. ¿OK?

Lucila: Pe... pero...

Gabriela: No te preocupes. Joaquín es un experto. Te va a guiar en forma adecuada. Tú sólo relájate. Flojita y cooperando. Anda, contesta.

Lucila duda. Después de un momento, se levanta y se dirige al cubículo donde suena el teléfono. Levanta el auricular.

Lucila: ¿Bueno? Hablas a... *Eros Hot Line*. ¿Cómo te llamas?... Joaquín. Que tal. Soy Lucila... Gracias. (*Se sienta*) Nada en especial. Sólo estoy aquí, pasando el rato... Eres muy dulce... ¿Qué... cómo voy vestida? (*Tapa el auricular, a Gabriela*) ¿Y ahora, qué le digo?

Gabriela: Que traes puesto un negligé negro, transparente. Pegadito al cuerpo. Y un calzoncito diminuto del mismo color.

Lucila (*Abre los ojos*): ¿¡Qué!?

Gabriela: Tú dile eso. No pasa nada. Sólo están hablando por teléfono. Es más, para que te sientas cómoda, me voy a la habitación contigua (*Se levanta*).

Lucila: ¿Cómo? ¿Me va a dejar sola?

Gabriela: Sí, es lo mejor. Así estarás más en confianza con Joaquín. Suerte.
(*Sale de la habitación*).

Lucila: ¡Oiga, espere! ¡No se vaya! ¡No me siento capaz de hacer esto! ¡Oiga!

Silencio. Tras dudarlo un momento, Lucila retoma la llamada.

Lucila: Perdón, tuve un pequeño contratiempo. ¿Me decías?... Ajá... (*Con dificultad*) Un negligé negro, transparente... Y un calzoncito del mismo color... Pegaditos al cuerpo... ¿Ah, sí? Eso suena muy bien... Ya... (*Abre mucho los ojos*) ¿Qué te gustaría hacer... qué?... ¿Qué ponga mi mano... ahí? (*Tras dudarlo, pone su mano en un seno. Cierra los ojos.*)... Sí, es como si me estuvieras tocando... (*Lo acaricia*) Ay... Me... me siento muy bien.... Eres muy... gentil... Sí. (*Suspira*) Siento como recorres mi cuello con tu boca. Es... tan suave. Se siente... caliente. Ya... me dio un poco de calor, ¿eh?... Pero es muy agradable... (*Ríe, nerviosa*) ¿Ah, sí? ¿Quieres pasar un hielo por mi cuerpo? Ay... Eso... Suena fascinante... ¿Qué más quieres hacer, cariño?

Mientras habla, Lucila poco a poco se va desinhibiendo. Sin que se de cuenta, Gabriela se asoma y la observa, entre divertida y asombrada. Lucila recorre con su mano su cuerpo. La desliza a su entrepierna. Se mueve rítmicamente.

Lucila: Sí... Siento como recorres mi cuerpo con tus manos. Son firmes, vigorosas... Es como si... como si yo fuera un pedazo de barro... y tú... me vas moldeando a tu antojo... ¡Qué rico! (*Gime*) Se siente tan bien el contacto de tus manos, de tu cuerpo desnudo en mi piel... Es tan suave, y hueles tan bien... Eso es. Soy completamente tuya. Haz de mi lo que quieras, cariño... No te detengas. Eres tan bello... tan varonil. Tú si sabes como tratar a una mujer...

Así... Déjame complacerte... Soy tu diosa del amor, tu Afrodita... Quiero sentirte dentro... Así... Dame más... Más... MÁS... ASÍ... YA CASI LLEGO... YA CASI... YA... NO TE DETENGAS... (*Gime*) AH... AH... AHHHHHH. Ahhhhh... Ahhhh... (*Poco a poco va recuperando la respiración*) Eres... un encanto... Estoy... a tu... disposición... Claro... Cuando quieras... podemos repetirlo... Gracias... cariño... Que tengas buen día... Chao...

Lucila cuelga. Gabriela sale de su escondite y aplaude. Lucila reacciona desconcertada.

Gabriela: ¡Corazón, lo hiciste muy bien! ¡Felicidades! Y eso que fue tu primera vez. Me tienes impresionada.

Silencio.

Lucila (*Cohibida*): Francamente... me siento como si fuera una prostituta.

Gabriela: ¡Ay, Corazón, no digas tonterías! Sólo es una conversación telefónica.

Lucila: Por lo general, no soy así. No sé que me pasó...

Gabriela: Lo más natural. Por primera vez eres tú misma, sin inhibiciones. (*Toma a Lucila de las manos y hace que se levante*) ¿No sientes como si te hubieras quitado un gran peso de encima?

Silencio.

Lucila: Pues... sí. La verdad es que me siento... más ligera.

Gabriela: ¿Lo ves? Desde que entraste, supe que tenías el potencial para ser parte de la empresa. Y no te preocupes, te vamos a capacitar para que te sientas más cómoda al momento de tomar las llamadas.

Lucila: Es que... no sé. El sueldo es atractivo. Las condiciones de trabajo son muy buenas, pero...

Gabriela: Mujer, no dudes. Velo de esta manera: además de ganar tu propio dinero, tienes la oportunidad de vengarte de tu marido. Él te fue infiel con una... En cambio tú, vas a serle infiel con *muchos*, y sin consecuencias para ti, ¿que tal?

Silencio. Lucila sonrío.

Lucila: ¿Por qué no? Suena muy divertido.

Gabriela: ¡Eso es todo, Corazón! ¡Estás contratada! Bienvenida a *Eros Hot Line*.

Lucila y Gabriela se abrazan.

Oscuro final.